

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Los campos próximos al castillo de Moor.

MOOR y KOZINSKY, á lo lejos.

MOOR. — Adelántate y anúnciame. ¿Sabes bien lo que has de decir?

KOZINSKY. — Sois el Conde de Brand; venís de Mecklenburgo; yo, vuestro escudero... Descuidad, que representaré mi papel á la perfección. Adios. (Vase.)

MOOR. — ¡Salve, campos de mi país natal! (Besa la tierra.) ¡Cielo de mi patria, sol de mi patria!... ¡y arboledas, y colinas, y rios y selvas; á todos, á todos saludo de corazón! ¡Cómo consuela el ambiente de mis montañas natales! ¡Qué bálsamo perfumado traéis al misero fugitivo! ¡Eden, mundo lleno de poesía! ¡Detente, Moor! ¡Tus plantas huelen un templo sagrado!.. (Acércase más.) ¡Mira! ¡Los nidos de golondrina en el patio del castillo!... el postigo del jardín... el rincón de la empalizada, en donde te ponias en emboscada con frecuencia para cazar... y allí abajo, en el valle, el prado en que tú, Alejandro Magno, dabas la batalla de Arbela, y junto, la colina cubierta de hierba, desde la cual derrotabas á los sátrapas persas... y en cuya cima flotaba tu bandera victoriosa. (Se sonríe.) La edad de oro

de tu infancia se renueva en el alma del desdichado... entonces eras tú tan feliz, tan completa, tan tranquilamente feliz... y ahora... ahí yacen los destrozados restos de tus planes. Aquí debías discurrir algún día, hombre ilustre, magnífico y alabado... aquí florecer de nuevo en tus robustos hijos, con tu esposa Amalia... aquí el ídolo de tu pueblo... pero un mal ángel lo dispuso de otro modo. (Se detiene.) ¿Por qué he venido aquí? Para igualarme al prisionero, al que despierta de su ensueño de libertad el ruido de sus cadenas... no... vuelvo á mi destierro... ¡El cautivo había olvidado ya la existencia de la luz, y el fantasma de la libertad pasó delante de él como un relámpago en medio de la noche, para sumirlo de nuevo en la oscuridad... ¡Adios, valles natales! Antes visteis á Carlos niño, y el niño Carlos era feliz... ahora lo veis hombre, y la desesperacion es su patrimonio. (Hace un movimiento rápido como para huir y se para de repente, y mira melancólico al castillo.) ¡No verla ni un instante!... Sólo una pared me separa de Amalia... ¡No! he de verla... he de verla... aunque haya de perecer. (Vuélvese.) ¡Padre, padre! Tu hijo llega... ¡Lejos de mí, negro vapor de sangre! ¡Lejos de mí, muerte descarnada, horrible, de mirada vertiginosa! ¡Béjame libre sólo una hora. Amalia, padre, tu Carlos llega. (Aproxímase al castillo á paso rápido.) Atórméntame cuando venga el día, no te separes de mí por la noche... que sueños espantosos me aflijan, pero no emponzoñes este mi único placer. (Detiénese á la puerta.) ¿Qué emoción es la tuya? Moor, ¿qué sientes? ¿No eres un hombre?... Escalofrío mortal... presentimiento terrible... (Entra.)

ESCENA II.

Galería en el castillo.

MOOR y AMALIA, que entran juntos.

AMALIA.—Y ¿tenéis seguridad de reconocer su imagen entre estos cuadros?

MOOR.—¡Oh, completa seguridad! Su retrato siempre está presente en mi memoria. (Examinando los cuadros.) Este no es.

AMALIA.—¡Cierto!... Era el fundador de este condado, ennoblecido por Barbarroja, á quien sirvió contra los piratas.

MOOR. (Siempre examinando los cuadros.) — Tampoco es ese... ni este... ni aquel... No está entre ellos.

AMALIA.— ¿Qué decís? Mirad bien. Creía que lo habíais de conocer.

MOOR.— Ni á mi padre conozco mejor. Carece de la expresion indefinible de la boca, que lo distingue entre mil... no es.

AMALIA.— Me admiro de lo que oigo. ¿Cómo? ¿No lo habéis visto en diez y ocho años, y sin embargo...

MOOR. (Con rapidez y ruborizándose ligeramente.)— ¡Este es! (Quédase como herido de un rayo.)

AMALIA.— ¡Un hombre excelente!

MOOR. (Absorbido en su contemplacion.) — ¡Padre, padre! ¡Perdóname!... ¡Sí, un hombre excelente! (Enjúgase las lágrimas.) ¡Un hombre divino!

AMALIA.— Parece que os interesa mucho.

MOOR.— ¡Oh, un hombre excelente!... ¿Y ha muerto?